

ECO DE ORIENTE

Bisemanario - Sale los jueves y domingos

Numero suelto \$ 0,03
Atrasado 0,05
Serie de 10 Nros. . . . 0,30
Suscripción anual . . . 1,50
id por trimestre . . . 0,50

Director: Ls. M. M. DIERES MONPLAISIR

Administrador: Avelino Ruiz V.

Administración:

Imprenta San José

Dirección Telefónica:

ECORIENTE

AÑO II

Villavicencio, Junio 3 de 1917—Número 76

SERIE 8.

CRONICA

Un telegrama de Bogotá nos avisó de la salida de Su Señoría Ilma. para el lunes 11 del presente.

—El correo que iba de Villavicencio a Bogotá sufrió un desastre. Nos dicen que arriba del puente de Quetame, la mula que lo llevaba se rodó alcanzándose a ahogar con ella gran parte de la correspondencia. Aún con riesgo de la vida, fué muy poco lo que logró salvar el correista.

No sabemos la suerte que le tocaría en ese naufragio, a nuestro Eco cuyos números, algunos por lo menos, alcanzaron a Chipaque completamente desleídos. Como varios de nuestros lectores leen con interés y coleccionan con curiosidad los artículos referentes a los distintos temas que hemos venido tratando, les hacemos saber que las ediciones que iban con el correo del 26, eran las del 20 y 24 de Mayo, n.º 72 y 73 en los cuales había: Referente a Apiay, los documentos sobre resguardos de indios (continuación); sobre el Guayaibero, el artículo 17 y penúltimo; sobre el ferrocarril, un editorial firmado A., en fin la reseña de la Exposición y lista de los premiados.

—Casi al mismo tiempo nos llegó la noticia de una catástrofe análoga, de la cual fué víctima el Sr. Camilo Jaramillo y por rechazo el apreciable caballero Dn. Francisco Arango U. El joven Jaramillo iba para el Vaupés con mercancías cuyo monto era considerable. Abrióse la canoa, ahogáronse los 40 bultos con que venía cargada. La pérdida fué total según los informes que tenemos; todavía nos faltan detalles.

—No habrá quien acercándose al Sr. Arango, ese luchador invencible, no le estreche la mano diciéndole que para él, en las pruebas los amigos se duplican.

Hacer Caballeros

Cuentan las historias de pasados siglos que el principal anhelo de las familias nobles, antiguamente, era el de armar a sus hijos caballeros, porque la orden de caballería era patente de valor, gentileza y generosidad, y señal cierta de que quien en ella ingresaba tenía el corazón bien puesto.

Pues aquel laudable deseo debería perdurar aún en los padres de familia. Hacer *caballeros* a sus hijos; pero caballeros, no ya para salir a guerrear, armas en mano, o a lucir en fiestas y torneos, sino para ostentar en la conducta familiar, social y ciudadana, toda la gallardía del hombre bien nacido, toda la rectitud y dignidad del verdadero caballero.

Porque ha de advertirse que no es tal, únicamente el que se vista elegantemente, derroche dinero y ande en aristocráticas reuniones, sino ante todo, el que con su personal honorabilidad, dé prezo y gloria a su linaje y a su Patria.

Muchos hay que se titulan y se creen caballeros porque son recibidos en la alta sociedad, porque tienen grandes riquezas y quizá porque entre sus ascendientes brillaron próceres ilustres; pero si bien se mira, no lo son; sino antes villanos y muy villanos, por sus vicios, degradantes, por su falta de cultura en los teatros y en los templos, por su falsía y por tantas otras costumbres—hoy muy comunes—que están reñidas absolutamente con la nobleza del alma que es la condición esencial del caballero.

No es tal, aunque descienda de quien descendiere, el que ofende a las damas y a las señoritas con chistes plebeyos y de mala ley, como continuamente ocurre en los cines, en los tranvías y en las calles; tampoco lo es el que se

ostenta duro y grosero con su madre y sus hermanas, ni muchísimo menos el que maltrata de cualquier manera a la mujer.

El caballero se conoce principalmente en su conducta para con las mujeres, y el roce social con las señoras es lo que quita a los jóvenes el aire brusco y cerril, para darles en cambio el suelto y cortés del hombre de mundo.

El verdadero caballero no habla ni permite que hablen mal de mujer alguna. El sagrado recuerdo de la madre propia, implora respeto para las demás mujeres. El temor de ver heridas a nuestra esposa, hijas ó hermanas por la lengua vil de un miserable, debe darnos suficiente valor para hacerla callar cuando venga a cebarse en reputaciones que acaso nada nos importen. La defensa de todo ser débil o inerme es atribución de quien se sienta caballero.

El que trata mal de palabra a una mujer es casi tan cobarde como el que la maltrata a golpes. Y ningún cobarde es caballero.

El que se jacta en corrillos y cafés del amor a los favores que dice haber logrado de alguna dama, es un canalla, por más rico que sea y aunque haya nacido en un trono. Porque si tal cariño fuere cierto, es una enorme ingratitud y una bajeza imperdonable prepararlo; y si no lo fuere, es una infame calumnia el inventarlo. Y de un modo ó de otro, no resulta caballero el que tales triunfos pregona.

Como el hombre es con su madre, lo será después con las hermanas, la esposa y las hijas. Y la caballerosidad ó la villanía que acostumbre en el hogar, será más tarde la norma de conducta en la vida social. La urbanidad, la elegancia y la cortesía de todo hombre que no sea un patán, no son siempre plena prueba de verdadera caballerosidad. Esta vá en el alma, en el carácter, en las acciones cotidianas y en las po-